

**Bosch, A. (2023). *El año que llegó Putin. La Rusia que acogió y catapultó a un desconocido.* Catarata, 171 pp.**

**ANGÉLICA A. SILVA JIMÉNEZ\***

**E**n el volumen reseñado, Anna Bosch, periodista de origen catalán y *excorresponsal* en Moscú durante un momento clave de la historia, comparte su pericia sobre una Rusia recién *re-nacida* que transita de un agonizante Yeltsin a un robusto y desconocido Putin. Sin conocer dicho periodo, que con el tiempo cobra especial relevancia, resulta complejo comprender el inmenso acogimiento ruso de la polémica política del presidente Putin.

En la primera parte, Érase una vez *Agosto de 1998*, Bosch describe su experiencia previa con el comunismo soviético en Moscú a principios de los años noventa como una película gris, monótona y contada con una lógica ajena chocante para alguien criada en un sistema capitalista. La contrasta luego con una Unión Soviética que parecía abrazar con ansia la *Perestroika* y *Glásnost* de Gorbachov. Pasa por mencionar paradójicas escenas como la inauguración del primer *McDonald's* de Moscú, donde la fila más rápida era para quienes pagaban en dólares, para recordar que este país acostumbrado a las *colas* y cartillas de racionamiento pronto empezó a asociar las reformas con desabastecimiento y pobreza en lugar de libertad, revelando la ingenuidad del país frente al sistema capitalista pues se esperaba únicamente las ventajas del capitalismo occidental, pero sin ninguna de sus adversidades.

Así, en la segunda parte, *El final de la era Yeltsin*, siendo ya corresponsal de Televisión Española (TVE) en Moscú, Bosch ofrece un retrato de una Rusia donde las reformas tan habladas internacionalmente no se notaban. Reseña el surgimiento y efecto de la clase oligarca en la cotidianidad rusa, donde la corrupción y el soborno no solo eran parte del sistema, sino que eran el sistema en sí mismo. Bosch destaca la dualidad entre mantener lo común descuidado y lo privado mimado, característica que ella asocia con las postdictaduras, pues también lo percibió en su propio país. Así mismo, explora la dicotomía entre los rusos de aquella época —los *nuevos* y los *viejos*— y sus diferentes acercamientos a un capitalismo salvaje, a una idealización del hombre occidental, pero también a la nostalgia de la patria y a la falta de libertad real para quienes no participaron del saqueo de las privatizaciones.

Bosch vivió una Rusia que, tanto en sus actuaciones como en su estructura, evidenciaba un país grande y un ciudadano diminuto. Esta sensación se advertía además en la misma arquitectura de los edificios gubernamentales donde los techos altísimos y espacios gigantescos reflejaban directamente la dinámica de poder. Las experiencias de la autora le permiten mostrar la cotidianidad rusa, civil-social y política, revelando discrepancias entre las capitales rusas y

\* **Angélica A. SILVA JIMÉNEZ**,  
Universidad Autónoma de Madrid (España).  
Contacto:  
angesilva98@gmail.com

el resto del país. En la Rusia *profunda*, la oferta comercial —y la mentalidad— apenas variaba desde la era soviética, con dos precios —y dos actitudes—: uno para los rusos y otro para los extranjeros. Aquí Bosch también destaca el papel crucial del lenguaje como construcción cultural que refleja este marco mental.

Ahora bien, en la tercera parte, *Empieza la era Putin*, Bosch presenta una Rusia que con este nuevo presidente entraba en el apogeo de una mentalidad imperial y militarista. La imagen de un viejo Yeltsin es reemplazada por un Putin joven y enérgico, ansioso por restaurar el honor y la dignidad de Rusia, a través de una patria histórica idealizada. No obstante, los primeros años de este *desconocido* fueron recibidos con una ola de atentados que generó un *shock* colectivo en la población rusa. Desde que las primeras bombas explotaron en Moscú, en la radio y en la calle ya se esparcía la hipótesis de que el mismo gobierno había organizado el atentado. ¿Cómo era posible que esa fuese una de las primeras conclusiones? El genio le respondió a Bosch: en los puntos de explosión vivían simples trabajadores de fábrica, es decir, nadie poderoso y en esa Rusia sin poder no eras nadie, tu vida no valía nada.

Años después, la explicación oficial sobre una bomba desactivada en la ciudad de Riazán sigue generando incredulidad. Solo los *amigos* de Putin se la creen, relata Bosch irónicamente. Estos presuntos atentados atribuidos a terroristas chechenos justificaron la inmersión de Rusia en una segunda guerra. Esta estrategia parece haber sido exitosa, pues actualmente Chechenia es parte de la Federación de Rusia, y una búsqueda rápida en *Google* confirma la aparente ausencia del rastro de la guerra después de la prometida reconstrucción de Grozni. Así, la venganza de esos atentados, la promesa de combatir a los

oligarcas y la mejora económica consolidaron a Putin como un presidente alabado por la mayoría.

Más adelante, en la cuarta parte, *Chechenia*, Bosch rememora la deportación ordenada por Stalin un 23 de febrero en 1944 de miles de chechenos e ingusetios y cómo ese evento resonaba aún en sus mentes cincuenta y seis años después. Narrando sus visitas, aunque limitadas por el acompañamiento militar, en Mosdok, Jankalá, Grozni y campos de refugiados chechenos cerca de Nazrán, Bosch establece paralelos entre esa Chechenia y la Ucrania de hoy. Se cuestiona si Putin ha hecho esa misma comparación, que no sería extraño suponer, pues ya se prometió la reconstrucción de Mariúpol, tal y como se hizo con Grozni.

El relato de Bosch destaca otras similitudes en las lógicas de la guerra. Las precarias condiciones y el descontento —informal— de los militares no parece haber mejorado en veintitrés años. La justificación de Putin para la toma de territorios en Ucrania, alegando la discriminación hacia hermanos de lengua rusa, es contrastada por Bosch con el caso de la toma del teatro Dubrovka en Moscú en 2002. Putin optó por gasificar el teatro, poniendo en riesgo a más de novecientos rusos, cuya vida no importó lo mismo que lograr una victoria contra los terroristas chechenos, al igual que optó por entrar en Ucrania aunque la mayoría de ellos también sean hermanos *rusófonos*, de etnia rusa.

En la quinta parte, *El Kursk: hechos y metáfora*, la autora relata a una Rusia que toca fondo, casi tanto como el submarino que se hundió en el mar de Barents en aquel agosto del 2000. Bosch narra cómo ese hecho generó un consenso general de que Rusia no podía ser igual a partir de allí, no

obstante, la naturaleza de ese cambio no fue parte del consenso. Aquí, la autora señala la importancia del orgullo para el pueblo ruso. Muestra cómo la celebración del *Den Pobedy*, aquella victoria del ejército rojo en 1945, crucial para Rusia, pero tan olvidada por el resto del mundo, abre los ojos a un pueblo que no necesariamente tiene nostalgia del comunismo, pero sí que ansía ser respetado por el mundo otra vez. Bosch argumenta que comprender la frustración y humillación de los rusos al final de esa década es fundamental para entender el posterior éxito y apoyo de Putin. Para entender por qué tener libertad de expresión no les servía de nada si el honor de Rusia no era rescatado.

Esta frustración es manifiesta cuando una semana después del accidente del Kursk, la ayuda extranjera revela que la burocracia rusa fue la responsable de que los ciento dieciocho marineros no sobrevivieran. Y es que bajo la lógica de Rusia, al menos con la que se ha familiarizado Bosch, la vida de las personas es secundaria cuando está en juego la seguridad y el honor de la patria. Y allí, con el Kursk también se fue al fondo del mar, en menos de un día, el orgullo y honor ruso.

Sin embargo, Bosch destaca a lo largo de su relato la resistencia y el honor de las mujeres rusas, en especial la de las madres de los soldados. En el hundimiento del Kursk estas mujeres le plantaron cara no solo a los generales del ejército, sino al mismo Putin —ausente durante la semana que ellas estuvieron en vela— gritando, reclamando y maldiciendo mientras fue posible y hasta que él pidió perdón. Y, allí, algo diferente comenzaba a moverse en Rusia. La gente ya no se callaba y perdió el miedo pues se empezaron a sentir sofocados, como dentro de un submarino. No obstante, dice Bosch que el cambio y la respuesta no fue más transparencia, al contrario, Putin optó por un

poder más fuerte, por un mejor control de la narrativa dónde él tuviera el timón que guiaba la precisión del mensaje.

Finalmente, en la sexta parte, *Putin con perspectiva (2000-2022)*, la autora analiza sus experiencias con una visión diacrónica y da una lectura con unos lentes que se vuelven más claros con el paso del tiempo. Destaca que las promesas de Putin de deshacerse de los oligarcas resultaron ser selectivas, ya que aquellos que permanecían leales al régimen continuaron sus prácticas a la par que permitían que la clase media rusa creciera por primera vez, y así lograban el *pan* para el pueblo, pues el *circo* ya estaba bajo el control del gobierno.

Así mismo, Bosch resalta la censura y manipulación de la televisión que reina desde 2001, pues al sacar del cuadro poderes contrarios como Gusinski, se ha obligado a las voces críticas a refugiarse en internet, que en este mundo interconectado han probado ser no solo un medio sino un escenario principal de protesta en contextos donde la atmósfera crítica mediática tradicional es desierta, tal como ha podido verse en Etiopía, Irán o Palestina. No obstante, dentro de Rusia la realidad es otra, basta con ver los testimonios en 2022 de ciudadanos ucranianos y sus incrédulas familias rusas.

Bosch señala que Putin ha logrado mantener la guerra lejos de la cotidianidad de los rusos, pues incluso el ejército es reclutado en zonas alejadas a centros de poder y a menudo de etnias no rusas. Y así, Putin permite que los territorios sean independientes, siempre y cuando se mantengan fieles a Moscú. Se vio con Chechenia y hoy se ve con Ucrania. Por ello, Putin se enfocó en recuperar el nacionalismo, la religión cristiana ortodoxa, el último Zar, el excepcionalismo e imperialismo ruso —no muy diferente de

otros imperialismos— y, por ello, ahora se teme a Rusia casi tanto como se temió a la URSS.

Y, además, no se conoce a esta Rusia, al menos no tan bien como ella conoce a Occidente. De esta forma, describe Bosch, Putin es un experto en utilizar las debilidades de las democracias occidentales a su favor, presentándose como el nuevo bastión de valores humanistas y cristianos. Con un poder fuerte en Moscú y uno débil fuera, sintoniza con la mayoría de los rusos y ese sentimiento compartido de ser menospreciados por un Occidente hipócrita que siempre que puede aplica un doble rasero. Así, Bosch finaliza su relato hablando de la Rusia que ella vivió, describiéndola como fascinante, y rica, pero advirtiendo que muchos dirían —incluyéndola— que es una cárcel. Una cárcel enorme, alucinante, pero cárcel al fin y al cabo.

En definitiva, el libro reseñado navega a través de la compleja narrativa de una Rusia vista por los ojos de Occidente —que tiende a satanizar cada uno de sus pasos—, aportando valiosas herramientas para la comprensión de esta crucial interacción internacional. La Rusia que se presenta en esta obra —tan fría que a veces pareciera quedar congelada en el tiempo, pero que a su vez, bajo las riendas de Vladimir Putin, se ha propuesto reconquistar la gloria histórica de su territorio, mutando los símbolos y estructuras básicas de la época soviética—, se presta a ser examinada bajo las lentes críticas de las Relaciones Internacionales para explorar la intrincada red de identidades, narrativas y liderazgos que moldean este escenario dentro de una red de actores más grande. Así, el principal aporte de esta obra recae en la presentación del líder Putin y lo que se encuentra detrás de sus decisiones, pues supo razonar con los vacíos del pueblo ruso, prometió y cumplió —a su manera—, como no lo hicieron sus

predecesores; enfocándose en la construcción de una *identidad* rusa que hoy le permite ser visto como el dirigente de un fuerte país en guerra y que, vendiéndose como un hombre internacional, conoce a sus *enemigos* mejor de lo que ellos lo conocen a él. ●

---

# RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica  
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)  
Universidad Autónoma de Madrid, España  
<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales>  
ISSN 1699 - 3950

 [facebook.com/RelacionesInternacionales](https://facebook.com/RelacionesInternacionales)

 [twitter.com/RRInternacional](https://twitter.com/RRInternacional)



FECYT388/2023  
Fecha de certificación: 12 de julio de 2019 (6ª convocatoria)  
Válido hasta: 28 de julio de 2024